

**Pedro C. Cerrillo y M.<sup>a</sup> Teresa Miaja, *Sobre “zazaniles” y “quisicosas”: estudio del género de la adivinanza*, Colección Arcadia, n.º 20, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2011, 142 pp.**

Los autores de la obra que reseñamos cuentan con una dilatada trayectoria de trabajo en torno a la literatura y la tradición oral: Pedro Cerrillo, como un infatigable investigador y reivindicador de la literatura infantil y juvenil, de la tradición oral y de la educación literaria, tanto desde la Universidad como desde el CEPLI (Centro de Estudios de Promoción de la Lectura y Literatura Infantil), que dirige; M.<sup>a</sup> Teresa Miaja, como estudiosa de la literatura española —en especial la medieval y la lírica de tradición popular—, desde la UNAM y el Colegio de México. La fusión feliz de sus trabajos nos ofrece un libro que también combina, como los autores del mismo, las vertientes de la investigación y la didáctica, y que de ese modo logra el doble propósito planteado como objetivo inicial: por una parte, privilegiar el género de la adivinanza desde «las dos orillas», a la luz de su presencia en las tradiciones mexicana y española; y, por otra, revisar los antecedentes de esa tradición común, teniendo en cuenta el peso específico —no apreciado suficientemente— de los llamados *zazaniles* o *quisicosas* preshispánicos, a los que hace referencia el título.

Desde el primer momento Cerrillo y Miaja delimitan el campo de la *adivinanza*, lindante con el del *enigma* y el *acertijo*: mientras del *enigma* se ha de extraer una supuesta lección de utilidad para quien lo descifra, el *acertijo* se formula sin implicación del receptor, como una simple «afirmación problemática» (*DRAE*) o, mejor, como una pregunta ingeniosa en prosa. La *adivinanza*, en cambio, abre la pregunta en verso, de manera que se vuelve parte de la rica herencia de la lírica breve popular o tradicional, esa *lyra minima* tan bien estudiada en sus símbolos y definida en su estructura por el llorado Stephen Reckert, y en el campo hispánico por la admirada Margit Frenk, referencia constante en este libro. No cabe duda de que la *adivinanza* es un ejercicio intelectual en que el efecto sorpresa es básico: quien la plantea obliga a su contrincante a un esfuerzo de asociación mental y de percepción, no exento de barreras y trampas (ligadas con frecuencia al humor y siempre al ingenio), como en cualquier ejercicio de duelo o combate lúdico; la sorpresa, al descubrir las similitudes inesperadas que ordenan el azar o el caos, deviene victoria y recompensa para quien ha sido retado a ese combate activo e instructivo.

El libro se organiza en cuatro partes. En la primera, «Consideraciones históricas sobre la adivinanza en las ‘dos orillas’», se repasa la tradición peninsular —desde el Medievo hasta nuestros días— en su confluencia con la tradición novohispana. La tradición de las adivinanzas peninsulares («qué es...», «qué cosa y cosa...») se asoció desde un primer momento a los *sa:sa:ne:hli* o *zazaniles* de origen indígena (náhuatl, tzeltal, huichol, maya, etc.), que se podrían relacionar, por otra parte, con las *imasmari* quechuas (*imasmari*, *imasmari...*, «que será, que será...») y con las *hamusiñas* aymaras (*¿cunasa*, *cunasa...*?, «¿qué es, qué es?»). Las versiones que se conservan de la tradición primera novohispana, colonial y barroca, son casi todas cultas y, por tanto, muchas

de ellas volcadas a lo divino, como la de sor Juana Inés de la Cruz: «Escuchen qué cosa y cosa / tan maravillosa, aquesta: / un marido sin mujer, / y una casada Doncella...», adivinanza de fácil solución (san José, esposo de María, etc.). Cerrillo y Miaja se detienen en especial y destacan la excepcional antología de cuarenta y cinco *zazaniles* que recopiló fray Bernardino de Sahagún, incluyéndola en su *Historia general de las cosas de Nueva España*, libro VI, cap. xlii. Sahagún las recoge en su náhuatl original y las traduce, adaptando apenas la fórmula introductoria; por ejemplo: «¿qué cosa y cosa que en lo alto es redondo y barrigudo, y está bulléndose y dando voces?», cuya solución sería «la sonaja». Los autores repasan la bibliografía principal sobre *zazaniles* antiguos y actuales, discuten las posibles influencias unívocas y recíprocas entre la tradición peninsular y la novohispana (partiendo de la base de que la tradición autóctona se adapta a la nueva lengua) e insisten en que el juego verbal de las adivinanzas es flexible y adaptable, desde el momento en que es paralelo o reflejo poético y trascendente del mundo cotidiano: «... juegan y hacen poesía, poesía de lo cercano en donde los dientes de la boca muelen pedernales, las mariposas vuelan por el valle y al papalotear son como mujeres preparando tortillas; las cebollas son piedras blancas que tienen plumas verdes; las liendres plateadas van atadas a hebras de *ichtli*; la olla canta cuando cuece el maíz; y el cielo es una jícara azul sembrada de maíces tostados...» (p. 35).

La tradición autóctona hispanoamericana armoniza con la hispánica, cuyo período medieval inauguran las nueve adivinanzas que Tarsiana plantea a su padre y este resuelve sin problemas —porque es «clérigo entendido»— en el *Libro de Apolonio*, estrs. 503-523: río, cañavera, naves, baños, ancla, esponja, pelota, espejo y ruedas. Estas nueve «demandas» —que así las denomina el anónimo autor del texto de cuadernavía— se presentan en series de tres pero en sesión única y, además, se hallan nada casualmente formuladas por una niña alegre, inteligente y espabilada como es la juglaresa Tarsiana. No estoy, en cambio, tan seguro de que la adivinanza primera (que sería la décima del *Libro*), con la que arranca la peripecia del protagonista Apolonio, la referida al incesto de Antíoco, se deba considerar propiamente adivinanza. Su gravedad es la misma que tiene el enigma que la Esfinge plantea a Edipo (equiparables las consecuencias del desvelamiento del tabú del incesto). Los versos del original del *Libro* hablan simplemente de «viesos», sin especificar si se trata de enigma o adivinanza (o de «demanda», como en las de Tarsiana). En todo caso, magnífico inicio para una tradición que sigue recogiendo la mejor literatura entre los siglos XV y XVII: Villasandino, Fernando de la Torre, Nebrija, Timoneda, Correa, Lope, Cervantes, Quevedo, Góngora, etc. Juan de Mal Lara, en su *Philosophia vulgar*, ofrece un ejemplo delicioso, que serviría como paradigma de lirismo, ingenio y uso infantil: «Arca, arquita, / de Dios bendita, / cierra bien y abre, / no te engañe nadie» (El ojo). Posteriormente, el breve apunte en el libro sobre la tradición románica de la adivinanza tiene enorme interés. Ya Demófilo, el padre de los hermanos Machado, escribió un opúsculo (publicado en 1881) sobre «Las adivinanzas francesas y españolas», comparando, por ejemplo, la del sol: «¿Qué cosa es / que cuanto más se mira / menos se ve?», «Plus je le regarde, / moins je le vois». Y el mismo Demófilo compararía la castellana para el huevo («Una arquita muy chiquita / blanquita como la cal; / todos la saben abrir, / nadie la sabe cerrar»), con la catalana («Una capseta blanca / que en obrir-la mai se tanca»), y ambas con versiones francesas, portuguesas («ca-sinha branca / sem porta, nem tranca»), etc. Obsérvese que un mismo elemento metaforizable (el arca que abre y cierra) sirve como clave para dos distintos metaforizados (el ojo y el huevo). Y encontraremos otras románicas semejantes para, por ejemplo, la campana, comparada con «una vieja con un solo diente, / que llama a la gente...» La

literatura oral, como en el caso de las paremias, las baladas o los cuentos, no tiene fronteras lingüísticas, que se traspasan sin problemas entre pueblos y lenguas en vecindad.

En la segunda parte, «Las adivinanzas, género poético», los autores se refieren a tres aspectos relevantes de la adivinanza: la organización interna, la métrica y los recursos retóricos. En cuanto al primero, analizan con ejemplos pertinentes la estructura fija en fórmula de inicio, cuerpo central y solución. En el segundo apartado, el correspondiente al cuerpo central, se detienen en el uso tanto de comparaciones explícitas («tan redondo como un queso, / escrito como el papel», para el reloj), como de antítesis o paradojas como elementos de desorientación («en la mar y no me mojo, / en brasas y no me abraso», para la letra A). En cuanto a la métrica, se analizan con pormenor la medida (arte menor, casi siempre, dominando el octosílabo) y la rima (mayoritariamente de copla, o rima de versos pares). Hay preciosas excepciones recogidas, sin embargo, como la del pentasílabo para la adivinanza de la araña: «En alto vive, / en alto mora, / en alto teje / la tejedora». El mundo de la rima, sumado al metafórico, hace de las adivinanzas un género especialmente seductor para los niños, como estudió Antonio Alatorre en sus trabajos sobre folclore infantil mexicano. El mundo abstracto penetra en la mente infantil a través de las descripciones metafóricas, que suponen un reto al esconder esas claves secretas, arropadas y visualizadas como imágenes muy gráficas que el niño descifra a través de una pesquisa lúdica. Los recursos retóricos de esta *lyra minima* que es la adivinanza son, en fin, muchos, a veces comunes a los de las canciones y retahílas infantiles, y los autores los van desgranando con ejemplos ilustrativos: aliteraciones, onomatopeyas, paronomasias, calambures o retruécanos (la «ballena» que «va llena»), anadiplosis, epanadiplosis («Pino sobre pino», para la mesa), paralelismos, anáforas, quiasmos («Adivina quién soy: / cuando voy, vengo, / y cuando vengo, voy», para el cangrejo) y, por supuesto, metáforas, antítesis, comparaciones, oxímoros («Son gemelos desiguales, / aunque iguales a la vez...», para los zapatos), etc.

En la tercera parte, «Funciones de la adivinanza», se estudia el ámbito pragmático de la adivinanza, a través de las que se consideran sus tres funciones esenciales: la lógica, la didáctica y la lúdica. Aunque la adivinanza no sea un género esencialmente destinado a la infancia, los autores insisten en sus potencialidades didácticas, que son muchas, en su capacidad para instruir implicando y deleitando al receptor más pequeño en la transmisión de conocimientos sobre el mundo de su comunidad. No cabe duda de que cuentan en ocasiones con serias dificultades lógicas, como se explica en el primer apartado, que hacen algunos de sus retos puedan resultar en un primer momento disuasorios para los niños, pero a la vez aportan en su mayoría una serie de ingredientes afectivos que las pueden mantener cercanas al ámbito infantil. Y sin duda la apelación simultánea a la lógica pura y a la imaginación ha facilitado que se prodigaran tanto en ambientes familiares como en escolares. La adivinanza enseña al niño a desentrañar problemas mayores (y de los mayores), algo que intuyen los pequeños cuando aceptan el desafío asintiendo a sus reglas y que les recompensa plenamente.

La cuarta parte, en fin, propone una clasificación temática de las adivinanzas hispánicas conocidas. Alternando clasificaciones clásicas con un criterio lógico novedoso, se articulan hasta 11 grupos: 1. El mundo de lo abstracto; 2. Las personas (partes del cuerpo, oficios); 3. Fauna; 4. Flora; 5. Naturaleza (geografía, geología...); 6. Mundo de la religión; 7. Fiestas y ceremonias; 8. Lectura y escritura (figuras, colores, números...); 9. Los juegos, los juguetes y los deportes; 10. La comida y bebida; 11. Los objetos (del hogar, del vestir...). Cada grupo va ilustrado por una serie de ejemplos, tanto de la tradición española como de la latinoamericana (en concreto, de México).

El libro, fiel a la trayectoria de sus autores, cumple plenamente con su objetivo didáctico, pero presenta una visión novedosa, original y fructífera. Por una parte, puede servir como manual de síntesis, puesto que la historia, el sentido, la estructura y la forma de la adivinanza hispánica se abordan con rigor y con orden, pero también con claridad y con la amenidad que proporcionan los múltiples ejemplos recogidos. Para no hacer innecesariamente exhaustiva su labor, ni excesivamente farragoso el seguimiento de los lectores, Cerrillo y Miaja remiten a la bibliografía más pertinente, con citas clave. Ahí están los estudios de Alatorre, Frenk, Salgado y la propia Miaja, para México; más los imprescindibles de Gárfer y Fernández, o del propio Cerrillo, sobre el *Adivinanciero* español. El investigador que pretenda profundizar en algún aspecto más concreto, tendrá aquí, de este modo, una perfecta guía orientadora. Sin embargo, el estudio no se queda ahí. Porque, por otra parte, al ofrecer como aspecto más original la confrontación de las dos miradas representativas de dos tradiciones hispánicas —la peninsular y la mexicana—, mostrando y explicando lo que las acerca y las aleja desde sus orígenes, los autores han conseguido crear y plasmar una pauta o un modelo para el estudio comparativo de otras tradiciones hispanoamericanas, además de la mexicana, igualmente ricas e igualmente permeadas y vinculadas a tradiciones autóctonas.

Rafael BELTRÁN  
(Universitat de València)

